

## Las Palmas

Matilde Hernández Rodríguez, 92 años

Carla Márquez Rodríguez, 23 años

### UN TANGO AL SON DE RECUERDOS

-”Padre, ¿es pecado besar?- pregunta la hermosa niña que se iba a confesar.

El padre que es un bendito, fija su vista impaciente a la penitente y dice: ¿A quién besar quieres, a un padre o a un hermano?-

-¡Ay padre!, a un hermoso galán que de mí está prendado.

-¿Te quiere?

-Me lo ha jurado.

-¿Le amas?

-De amor me muero.

-Pues si es amor verdadero, bésale que no es pecado”.

Con esas palabras comienza Matilde, con un marcado acento catalán, el relato sobre su primer y único amor.

”¡Vaya! –soy incapaz de disimular mi asombro–, sí que tiene usted buena memoria”. A sus 92 años recién cumplidos recita fragmentos de poemas con precisa exactitud. Sus preciosos ojos azules, ahora teñidos con un ligero brillo causado por la emoción provocada al evocar antiguas historias y profundas heridas, me miran con exagerada intensidad. Parecen intentar transmitirme sentimientos que traspasan los límites de sus palabras.

“Porque yo también fui joven, ¿sabes? –levanta la vista esperando descubrir un ápice de duda por mi parte, no lo encuentra y prosigue risueña–. Y era muy guapa. Muy, muy guapa. Tenía unos 15 años y me encantaba bailar, sobre todo, el tango. Yo la escucho atenta, la observo, y por momentos parece transformarse desde su silla de ruedas en aquella muchacha joven, hermosa y valiente. Porque Matilde es, por encima de todo, una mujer valiente.

“Él cantaba tangos –prosigue entusiasmada con su relato– me encantaba acudir por las tardes a las casas de baile y bailar el charlestón –hace una pausa para alzar sus brazos y moverlos divertidos de un lado a otro–. Pero el que más me gustaba era el tango”. Por segunda vez repite este dato. Yo aun desconozco su importancia.

La II República trajo aires frescos y diversión. Una tarde, moviéndose al son de ese baile apasionado que tanto le encanta, Matilde repara en un muchacho apenas mayor que ella que canta con voz potente. Él la mira y ella le corresponde con una tímida pero intencionada sonrisa. Es algo mutuo. Se han enamorado. Pasan horas y horas bailando juntos, riendo y contándose confidencias al oído. Son jóvenes y se aman, por lo que no dudan en irse a vivir juntos. En esos intensos días y esas cómplices noches, jamás pueden imaginar lo que el destino les tiene preparado.

En 1936 estalla la Guerra Civil...

“¡Miseria! Escríbelo luego bien, ¡miseria! Eso fue lo que nos tocó vivir”, sus ojos se clavan fijamente en los míos y ahora su expresión es dura, se congela unos segundos interminables. “Nunca habíamos pasado tanta hambre. Nos daban un trocito de pan al día así –toma como medida el largo de su dedo corazón–, ¡así, para aguantar todo el día! El peor momento llega cuando la sirena avisa del inminente bombardeo. Todas las personas que viven cerca del parque Güell en Barcelona corren horrorizadas a un refugio”.

Dos años se pasa Matilde corriendo del refugio a su casa y de su casa al refugio hasta que su amado, cantante de tangos y futuro padre del bebé que está en camino, es llamado a luchar en Zaragoza. Cuando Matilde besa efusivamente a su amor para despedirlo, no puede imaginar que ya no volverá a sentir nunca más el ardor de esos labios posándose suavemente sobre los suyos ni que él jamás conocerá a la hija que tan ansiosamente esperan. Él es apenas un adolescente cuando pierde la vida defendiendo la República en 1938.

“Soy una viuda de guerra. Sólo he tenido a esa hija en toda mi vida. Ya no eran tiempos de diversión. Eran momentos únicamente de trabajar para poder sobrevivir”.

Han pasado muchísimos años pero la tristeza, al recordar ese brutal zarpazo, todavía asoma por su cálida voz. La guerra le arrebató a su único amor y a sus dos hermanos que permanecen exiliados en París durante toda su vida. Nunca vuelven a pisar España. El único contacto que tiene con ellos, hasta su reencuentro 20 años después en la capital francesa, es a través de cartas.

Fruto de aquel lejano e inocente baile nace su ilusión, su fuerza, sus ganas de seguir luchando, su eterno talismán... su hija. Matilde empieza a trabajar duramente en los sistemas de control, más tarde cosiendo gabardinas en su casa y por último, hasta el año 1973, en las artes gráficas de Barcelona.

“He tenido que trabajar mucho, muchísimo. Entraba en la fábrica a las seis de la mañana y salía a las seis de la tarde. Todos los días, durante muchos años”, cambia la expresión de su rostro. “La guerra no tiene entrañas, ¿sabes?”. Coge aire y suspira...

“París la conozco perfectamente. La última vez que estuve con mi hija y mis nietas, yo tendría unos 70 años y mis hermanos me invitaron a comer al restaurante de la Torre Eiffel”.

Se puede leer en sus ahora resplandecientes ojos el recuerdo delicioso aun presente de esa velada. Matilde sigue inmersa en su relato y de repente, viniéndole a la memoria una divertida anécdota, estalla en carcajadas. Su risa es potente. Se proyecta en las cuatro paredes de la acogedora sala de visitas. Las personas que están cerca de nosotras no pueden evitar contagiarse y sonríen. Ahora somos las dos quienes reímos al unísono. Yo la observo emocionada mientras soy incapaz de recobrar la seriedad porque es imposible no rendirse ante aquella sincera carcajada que impregna el ambiente. Descubro frente a mí a la preciosa y risueña joven que acudía fielmente todas las semanas a las casas de baile.

La miro con infinita admiración y sin ser consciente de mis actos, me acerco a ella y la abrazo. Ella no percibe las lágrimas que asoman ahora en mis ojos. Estoy emocionada por el intenso relato que me ha brindado, por la fuerza demostrada, y sobre todo, porque continúa riéndose de esa manera.

Gracias, Matilde, por tu ejemplo de valentía y gracias por concederme este último tango al son de tus recuerdos.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

“La vida es muy jodida. Te encuentras muchas veces delante de situaciones muy desagradables y no te queda más remedio que tragártelas y aprender a digerirlas. ¿Y qué se puede hacer? Pues seguir sonriendo y bailando, que mis penas y mis miserias me las guardo para mis momentos de soledad en la cama”.

Después de esta confesión me veo incapaz de formular pregunta alguna. Me siento paralizada por la admiración y temo el desconcierto que pudiera provocarme su contestación. Entonces cojo aire profundamente y sin mayor demora pregunto: lo importante de su vida. Habíamos hablado de sus amores e intimidades pero ahora me cuesta enormemente indagar sobre el balance que ella saca de tantos años vividos. Atenta a mis palabras titubeantes y como si un escalofrío recorriera su columna vertebral, se yergue bruscamente. Entonces descubro que me va a responder certeramente con dos vocablos. Se queda unos segundos mirando al infinito, visualizando lo más importante de su existencia. Aparece ante sí la persona con quien sueña todas las noches, la persona por la que ha luchado tantos años, la persona que le ha dado fuerzas y ganas de continuar, a quien ha mencionado en todas y cada una de las visitas que le he hecho desde que la conozco. Retira la vista que apunta a su querida Barcelona y clava sus ojos llorosos sobre los míos. Despliega sus labios suavemente y



las dos palabras escapan al fin libres del fondo de su alma, de lo más hondo de su pecho, del recuerdo más presente y cercano: “Mi hija”.